

á no cometerlo con dobles empeños que el soldado vulgar.

Ultimamente, si te hallares algún día en este caso, esto es, si algún día fueres oficial, lo que no es imposible, y por desgracia fueres de mala conducta, te aconsejo que no blasones de la limpieza de tu sangre, ni saques á la plaza las cenizas de tus buenos abuelos en su memoria, pues estas jactancias sólo servirán de hacerte más odioso á los ojos de los hombres de bien, porque mientras mejores hayan sido tus ascendientes, tanto más resaltará tu perversidad, y tú propio darás á conocer tu mala inclinación, pues probarás que te empeñaste en ser malo, no obstante haber tenido padres buenos, que es felicidad no bien conocida y agradecida en este mundo.

Tales eran los consejos que frecuentemente me daba el coronel, quien á un tiempo era mi jefe, mi amo, mi padre, mi amigo, mi maestro y bienhechor; pues todos estos oficios hacía conmigo aquel buen hombre.

Sin embargo, como mi virtud no era sólida, ó más bien no era virtud sino disimulo de mi malicia, no dejaba yo de hacer de las mías de cuando en cuando á excusas del coronel. Sabía visitar á mis amigos, que entonces eran soldados, pues no tenía otros que apetecieran mi amistad; iba al cuartel unas veces, y otras á las almuerzas, bodegas de pulquerías y lupanares á donde me llevaban mis camaradas; jugaba mis alburillos muy se-



...jugaba mis alburillos muy seguido...

á no cometerlo con dobles empeños que el soldado vulgar.

Ultimamente, si te hallares algún día en este caso, esto es, si algún día fueres oficial, lo que no es imposible, y por desgracia fueres de mala memoria, te aconsejo que no blasones de la limpieza de tu estómago, ni saques á la plaza las cenizas de tus buenas acciones en su memoria, pues estas jactancias sólo servirán de hacerle más odioso á los ojos de los hombres de bien, porque mientras mejores haya sido tus ascendientes, tanto más resaltará tu perversidad, y te propio darás á conocer tu mala inclinación, pues probarás que te empeñaste en ser malo, no obstante haber tenido padres buenos, que es felicidad no bien conocida y agradecida en este mundo.

Tales eran los vicios que le enseñaron su padre el coronel, que á su vez los aprendió de su padre, y así sucesivamente, hasta que llegó á mí, que como dije antes, á mi padre me enseñó á jugar al alburillo.

Sin embargo, como dije antes, yo no era virtuoso sino disipado, y yo de hacer de las mías de cuando en cuando á expensas del coronel. Sabía visitar á mis amigos, que entonces eran soldados, pues no tenía otros que apetecieran mi amistad; iba al cuartel unas veces, y otras á las almuerzas, bodegas de pulquerías y laperareros á donde me llevaban mis camaradas; jugaba mis alburillos muy seguido...



...jugaba mis alburillos muy seguido...

guido, cortejaba mis ninfas, y después que andaba éstas tan inocentes estaciones y conocía que el jefe estaba en casa, me retiraba yo á ella á leer, á limpiar la casaca, á dar bola á las botas y á continuar mis hipócritas adulaciones.

El frecuente trato que tenía con los soldados me acabó de imponer en sus modales. Entre ellos era yo maldiciente, desvergonzado, malcriado, atrevido y grosero á toda prueba. Algunas veces me acordaba del buen ejemplo y sanas instrucciones del coronel; pero ¿cómo había de dejar de hacer lo que todos hacían? ¿Qué hubieran dicho de mí si delante de ellos me hubiera yo abstenido de hacer ó decir alguna picardía ú obscenidad por observar los consejos de mi jefe? ¡Qué jácara no hubieran formado á mi cuenta si hubieran escuchado de mi boca los nombres de *Dios, conciencia, muerte, eternidad, premios ó castigos divinos!* ¿Qué burla no me hubieran hecho si descuidándome hubiera intentado corregirlos con mi instrucción ó con mi buen ejemplo, permitiendo que hubiera sido capaz de darlo? Mucha, sin duda; y así yo, por no malquistarme con tan buenos amigos y porque no me llamaran el *mocho*, el *beato* ó el *hipócrita*, concurría con ellos á todas sus maldades, y á pesar de que algunas me repugnaban, yo procuraba distinguirme por malo entre los malos, atropellando con todos los respetos divinos y humanos á trueque de gran-

jearme su estimación, y los dulces y honoríficos epítetos de *veterano, buen pillo, corriente, marcial*, y otros así con que me condecoraban mis amigos. Lo único que estudiaba era el modo de que mis diabluras no llegaran á la noticia de mi jefe, así por no sufrir el castigo con-digno, como por no perder la conveniencia que sabía por experiencia que era inmejorable.

En las tertulias que tenía con los soldados les oí algunas veces murmurar alegremente de los sargentos. De unos decían que eran crueles, de otros que eran ladrones y que se aprovechaban de su dinero comprando camisas, zapatos, etc., á un precio y cargándoselos á ellos á otro. En fin, hablaban de los pobres sargentos las tres mil leyes. Yo consideraba que tal vez serían calumnias y temeridades, pero no me atrevía á replicarles, porque como no había estado bajo el dominio de los sargentos el tiempo necesario para experimentarlos, no podía hablar con acierto en la materia.

Así pasé algunos meses hasta que llegó el día de partirnos para Acapulco, como lo hicimos, conduciendo los reclutas que habían de ser embarcados para Manila.

No hubo novedad en el camino; llegamos con felicidad á la ciudad de los Reyes, puerto y fortaleza de San Diego de Acapulco. No me admiraron sus reales tamarindos, ni la ciudad, que por la humildad de sus edificios, mal temperamento y pésima situación me pare-

ció menos que muchos pueblos de indios que había visto; pero en cambio de este disgusto tuve la sorprendente complacencia de ver por la primera vez el mar, el castillo y los navíos, que supuse serían todos como el *San Fernando Magallanes* que estaba anclado en aquella bahía.

A más de esto me divertí con las morenas del país, que aunque desagradables á la vista del que sale de México, son harto familiares y obsequiosas.

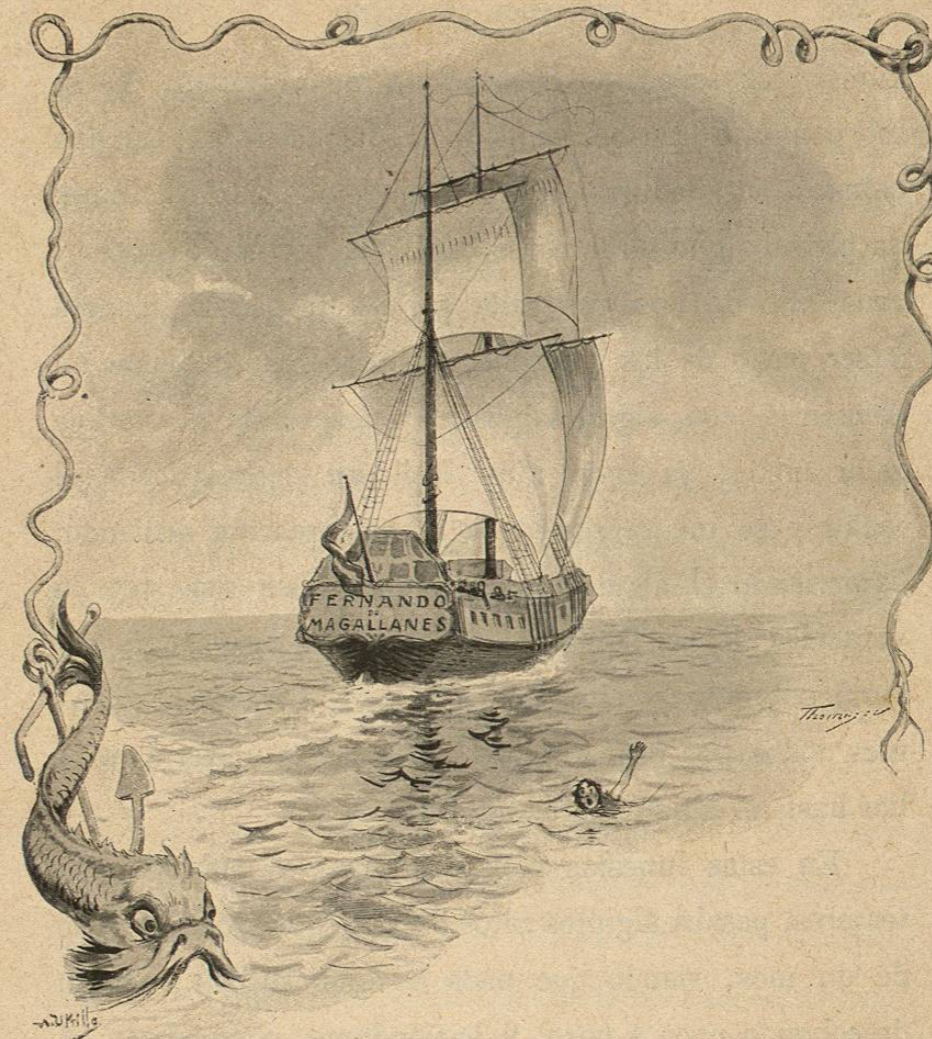
También regalé mi paladar con el pescado fresco, que lo hay muy bueno y en abundancia, y así con estas bagatelas entretuve las incomodidades que sufría con el calor y la poca sociedad, pues no tenía muchos amigos. A más de esto, la privación de las diversiones de esta ciudad y el temor de la navegación que me urgía bastante, como urge al que jamás se ha embarcado y tiene que fiar su vida á la furia de los vientos y á la ninguna firmeza de las aguas, no dejaba de mortificarme algunas veces.

Llegó el día en que nos habíamos de dar á la vela. Se entregaron al capitán los forzados, nos embarcamos, se levantaron las anclas, cortaron los cables, y con *el buen viaje* gritado por los amigos y curiosos que estaban en el muelle, fuímos saliendo de la bocana á la ancha mar.

Desde este primer día nos pronosticó el cielo una

feliz navegación, pues á poco de habernos alejado del puerto se levantó un viento favorable que, llenando las velas que se habían desplegado enteramente, nos hacía volar á mi entender con la mayor serenidad, pues á las cuatro horas de navegación ya no veía yo, ni con anteojos, las que llaman *tetas de Coyuca*, que son los cerros más elevados del Sur, y la primera tierra que se descubre desde la mar.

Esto algo me entristeció, como que sabía lo largo de la navegación que me esperaba. Tampoco dejé de marearme y padecer mis náuseas y dolor de cabeza como bisoño en semejantes caminos; pero pasada esta tormenta continué mi viaje alegremente.



CAPÍTULO XI

En el que Periquillo cuenta la aventura funesta del egoísta y su desgraciado fin, de resultas de haberse encallado la nao; los consejos que por este motivo le dió el coronel y su feliz arribo á Manila.

Cuando estuve restablecido de mi accidente, subí á la cubierta y ya no ví nada de tierra; sino cielo, agua y el buque en que navegábamos, lo que no dejaba de atemorizarme bastante, y más cuando interiormente refle-